

Cebada en Groenlandia

Gloria PLANA MELER*
Sergio NADAL ZUFERRI*
Manuel BUIL TRIGO**

* Alumnos de Geología de 2.º de Bachillerato del I.E.S. «Sierra de San Quílez» de Binéfar (Huesca). España.

** Profesor de Biología y Geología del IES «Sierra de San Quílez».

C/e del profesor: manolator@educaragon.org

Primer premio del VII Concurso «Reporteros en la red» (2007) convocado por el Laboratorio Virtual Ibercaja, Obra Social y Cultural de Ibercaja.

*H*a pasado el mediodía y la gente sale de los refugios. Hace sólo unas décadas había burlas cuando se nombraba el calentamiento global.

El periódico me ha enviado como corresponsal para cubrir los violentos disturbios que se están produciendo en Barcelona como consecuencia de la rotura de los diques que protegen la ciudad. Es la tercera vez en cinco años. Parece que el Mediterráneo está ganando la partida. Desde que subiera el nivel del mar, todas las ciudades costeras han sido evacuadas o sumergidas en defensas. Las playas han sido engullidas y la costa es una muralla de edificaciones en ruinas entre las que las aguas avanzan año tras año.

Los sesos se me van a derretir. Dicen que hace cincuenta años el uso del aire acondicionado era libre; ahora está restringido a los servicios sanitarios y poco más. No todo



es negativo. Ahora ya no hay atascos porque el tráfico rodado ha sido sometido a severas restricciones. De hecho, he necesitado un permiso especial para este viaje; además, el biodiésel se ha puesto por las nubes. En el tramo de la N-II paralelo al Ebro he debido pasar varios controles. El toque de queda hasta dos kilómetros del cauce va en serio; el ejército protege el río de las bandas que se dedican al contrabando de agua, y nadie se anda con miramientos.

Ya cerca de la ciudad, había varios hospitales de campaña que bullían de actividad. Todo el mundo está enfundado en mosquiteras personales y trajes herméticos. Aunque las autoridades lo niegan, parece que la malaria ya está entre nosotros. Las fumigaciones masivas consiguieron retrasarlo, pero los *Anopheles* han desarrollado resistencias y se están registrando las primeras muertes. Los expertos han avisado que le seguirán la fiebre amarilla y otras enfermedades tropicales. Hay una enorme confusión. No es extraño que todo el mundo quiera emigrar. El calor es inaguantable, y los asentamientos de los Pirineos han convertido a la montaña en una macrociudad. Ahí todavía se puede respirar y estar preparado por si Francia abre la frontera. Tampoco allí las cosas van bien. La Unión Europea es historia y Suecia y Noruega han amenazado a los países del sur con enviar a las tropas a la frontera si no se pone coto a la emigración masiva hacia el norte.

En una de las colas de entrada a Barcelona, un hombre borracho se tamba-

lea entre los vehículos achicharrados. Los pies se le pegan al asfalto. Entre trago y trago maldice a sus padres y les lanza una sarta de insultos «por haberle dejado un mundo podrido».

Este relato de tintes apocalípticos podría muy bien no ser una exageración si se cumplen las previsiones de los científicos. El clima se está calentando. ¿Es nuestra toda la culpa?

Nadie pone ya en duda la existencia de un rápido cambio climático.

El grupo intergubernamental del clima, reunido el 2 de febrero de 2007, llegó a la conclusión de que la culpa del cambio climático la tenemos los humanos en un 90%. Gracias a la deforestación, la mala explotación de los recursos y la emisión de gases de efecto invernadero, vamos a conseguir aumentar la temperatura media de nuestro planeta en unos 4 °C en el próximo siglo, de manera que los glaciares y casquetes polares, que ya se están deshaciendo, terminarán por desaparecer, provocando un incremento del nivel de los océanos. Desaparecerán las costas tal y como las conocemos, y sucederán cambios dramáticos en los hábitats naturales, extinguiéndose numerosas especies con las que hasta ahora habíamos convivido.

¿Cómo nos enteraremos del calentamiento global en las riberas del Mediterráneo? Será sencillo. Se producirán durísimas olas de calor, tormentas tropicales y sequías prolongadas que harán favorable la aparición de muchos más incendios que en la actualidad. Todo un poema.

Cuando se habla de este tema, surge inmediatamente la pregunta: ¿es éste el primer cambio climático al que nos hemos enfrentado? Parece que no.

Durante el s. XVII, existió un periodo frío a nivel mundial conocido como la Pequeña Edad de Hielo. En aquellos años era habitual que los ríos europeos llegaran a congelarse en invierno. Numerosas poblaciones se vieron afectadas por el frío y la escasez de alimentos. En España los glaciares del Pirineo se extendieron considerablemente, e incluso podían encontrarse pequeños icebergs en el Cantábrico.

Casi mil años antes, por el contrario (en torno al s. VIII), sucedió un episodio climático sorprendentemente cálido que incluso



permitió a las colonias vikingas de Groenlandia cultivar cebada en latitudes hoy ocupadas por el hielo.

Es cierto, pues, que durante toda la historia del planeta se han producido oscilaciones climáticas con glaciaciones y épocas calidas. Pero estos procesos nunca habían sucedido de forma tan acelerada como en la actualidad. Esto indica que el actual cambio climático no es un suceso natural. Por primera vez no hay que buscar razones astronómicas o geológicas a estos fenómenos; por primera vez la culpa la tiene la humanidad.

¿Estamos a tiempo de poner en marcha soluciones?

Nadie duda de que hemos desperdiciado un tiempo precioso, de que tendríamos que haber empezado mucho antes a tomar medidas. Lo principal es reducir las emisiones de CO₂ a la atmósfera. Para ello es necesario que todos los países (incluido Estados Unidos) apliquen el Protocolo de Kyoto, de manera que reduzcan sus emisiones en un 5,5%, asegurando un menor consumo de combustibles fósiles. Algunos han llegado a plantear como alternativa al petróleo el uso de la energía nuclear, pero realmente con esto sólo se conseguiría crear un nuevo problema, el de los residuos nucleares.

Los gobiernos de los diferentes países deberían potenciar el uso de energías renovables (biodiésel, solar, eólica, mareomotriz, etcétera), ampliando sus subvenciones y disminuyendo las destinadas a la explotación de los combustibles fósiles y energías nucleares. Otra medida para tomar es la de ampliar los espacios verdes, repoblando con especies arbustivas de rápido crecimiento (los llamados sumideros de carbono).

Las empresas deberían ser parte fundamental en la puesta en práctica de soluciones. La producción eléctrica, responsable de casi un 40% del CO₂ emitido, debería sustituir sus fuentes tradicionales de energía por otras más limpias y potenciar las energías renovables. Algunas empresas españolas comienzan a utilizar biomasa (cáscaras de almendra y residuos forestales) como combustible, mucho más económica y no contaminante. Por su parte, el sector industrial, responsable de un 15% de los gases invernadero, debería aumentar su eficiencia para reducir estas emisiones.

Por último, los consumidores también podemos colaborar de manera individual. Podemos reducir las emisiones de CO₂ sin tener que cambiar nuestros hábitos de vida. Simplemente reduciendo el gasto doméstico de consumo eléctrico con medidas tan sencillas como desconectar los aparatos eléctricos cuando no se utilicen, evitar los aires acondicionados, aislar puertas y ventanas para que el calor de la calefacción no se pierda o utilizar bombillas de bajo consumo y electrodomésticos de la clase energética A, reduciríamos en un 10% el consumo energético en los hogares.

Si las medidas de ahorro energético nos resultan molestas, deberíamos –como terapia– recordar en qué medida nos va a afectar el cambio climático. Debido a la subida de las temperaturas, los casos de infarto en personas mayores aumentarán considerablemente, así como el número de problemas respiratorios. Tan sólo la ola de calor de 2003 costó la vida a más de 21.500 personas en el mundo. Conociendo estos datos, deberíamos preguntarnos cuantas muertes traerá consigo el cambio climático.

Otro problema relacionado, y que es ya una realidad inquietante, es la aparición en España de mosquitos procedentes del continente africano y de Sudamérica, que encuentran aquí condiciones climatológicas similares a las de su lugar de procedencia. A estos mosquitos les pueden seguir en un futuro cercano otros portadores de enfermedades como el dengue, la fiebre amarilla o la malaria, así que viviremos sumidos en continuas epidemias contra las que no disponemos de defensas.

Es posible que la inmigración en España deje de ser un problema porque, ¿a quién se

le ocurriría trasladarse a un lugar con escasez de agua, numerosas epidemias y una temperatura superior a 47°C? Seguramente seremos nosotros los que tengamos que emigrar. La pregunta que nos debemos hacer es: ¿estamos dispuestos a asumir todas las consecuencias que nos acarreará el cambio climático o preferimos perder un poco de comodidad para conseguir evitarlo? ¿Seremos capaces de tomar medidas?

Seguramente ya hemos llegado tarde para frenar los efectos del calentamiento global, pero podemos hacer algo para que futuras generaciones e incluso nosotros podamos vivir un poco mejor antes de que enfermemos por la picadura de un mosquito.

Podemos hacer que todo siga como hasta ahora, pensando que el tema no va con nosotros, o podemos asumir la parte de responsabilidad que nos corresponde intentando cambiar algunas cosas para no tener que lamentarnos en un futuro, puesto que en nuestro caso no conseguiremos precisamente ríos helados sobre los que patinar o un aumento de la producción de cebada.

Bibliografía complementaria

- http://blogs.periodistadigital.com/angosto.php/2006/11/16/cultivar_cebada_en_groenlandia_por_pedro
- http://es.wikipedia.org/wiki/Peque%C3%B1a_Edad_de_Hielo
- http://www.wwf.es/cambioclimatico/cambioclimatico_Lesoluciones.php
- <http://www.nrdc.org/ondaverde/globalWarming/fcons.asp>

